

RESEÑA

Isabel Lozano-Renieblas, *Novelas de aventuras medievales. Género y traducción en la Edad Media hispánica*, Kassel: Edition Reichenberger, 2003 (Estudios de literatura, 82), 173 pp.

Por Giselle Carolina Rodas

Universidad Nacional de Lomas de Zamora

La obra de Isabel Lozano-Renieblas se presenta como un interesante y prolijo estudio sobre el camino que debió recorrer el género de las novelas de aventuras durante el Medioevo, tema que adelantara en artículos precedentes. El volumen está compuesto por un prefacio ("Prolegómenos al debate sobre la novela de aventuras"), un epílogo ("Los límites del género") y cinco capítulos en los que se desarrolla la evolución y variación del género desde una perspectiva histórica. Esta perspectiva resulta interesante y acertada ya que permite estudiar el *corpus* seleccionado en su desarrollo temporal, con sus vínculos y particularidades respecto del género tal como lo concibiera la Antigüedad, que es donde se origina, y tal como se desarrollara posteriormente en el Medioevo.

En este sentido, Lozano-Renieblas no adopta una concepción normativa ni meramente clasificatoria respecto de la teoría de los géneros, que tal como enunciara Hans Robert Jauss ("Littérature médiévale et théorie des genres", *Poétique*, 1, 1970, 79-101) sería poco acertada, sobre todo en el contexto medieval donde resulta difícil aplicar la sistematización moderna en tres géneros puros dada la propensión a la impureza de la mayoría de la obras pertenecientes a la Edad Media. De hecho, la autora resalta la tendencia a la hibridación de la novela de aventuras con la hagiografía o con el material folclórico.

En las palabras que dan apertura al estudio, se subraya un conjunto de problemáticas que gravitan en torno a la investigación sobre este género, así como la escasez de investigaciones actuales, los problemas

Olivar N° 7 (2006), 179-185.

de terminología y el error que se produce al encarar el tema como no sea desde su carácter evolutivo.

A fin de evitar deslices semánticos, se acota el concepto de novela de aventuras a un género que, de primera mano creara la cultura helenística y que tuviera, luego, su continuidad tanto en la Edad Media como en épocas posteriores. Para la autora, esta

definición ofrece la ventaja de reunir, por un lado, el vocablo de “novela” que expresa la continuidad del género respecto de tan temprano nacimiento y, por otro, el de “aventuras” que expresa su carácter inherente: el de articularse sobre el tiempo de la aventura. Este tiempo, según Mijail Bajtin (*Teoría y estética de la novela*. Madrid, Taurus, 1989, 237-409), se desarrollaría sobre dos puntos temporales: en primer lugar, el estallido del amor con el encuentro entre el héroe y la heroína y por último, la unión feliz en matrimonio. La novela se construye basada en lo que hay entre ambos puntos: una pausa en la que se producen encuentros y desencuentros entre los protagonistas pero que en esencia no modifica nada, ya que el amor que los une permanece intacto e inalterable.

En el primer capítulo (“El renacimiento de la novela medieval”), se postula que el vínculo entre la novela de aventuras helenística y la novela de aventuras medieval se articularía en una relación de continuidad (a través de la memoria histórica del género) pero, a su vez, de ruptura (porque ahora aparece ensamblada en el relato hagiográfico). La reaparición del género en el Medioevo se produce en un contexto nuevo cuya diferencia cardinal respecto de la novela en la Antigüedad se subraya por el peso que adquiere el material folclórico en este “renacimiento”.

Lozano-Renieblas afirma que el género de aventuras medieval absorbe los materiales tradicionales de otras culturas de lengua europea. En este sentido, el estudio de la relación entre novela y traducción es capital para comprender la historicidad del género y no puede realizarse si no es a la luz de una perspectiva transnacional del texto mismo. Esta perspectiva involucra una concepción particular de traducción, lectura y escritura, vinculadas a la idea de obra abierta ya que, según la autora (en correspondencia con lo que afirma la mayor parte de los estudios sobre traducción), el escritor medieval puede variar el texto, introducir modificaciones y recurrir a otros materiales tradicionales debido a que el ejercicio de la escritura, en permanente conexión con la oralidad, no se rige por una idea de individualidad en sentido moderno sino que es un ejercicio que brinda la posibilidad de ligar lo ya existente con la posteridad y de difundirlo.

Lozano-Renieblas ya había estudiado este mismo tema en “La traducción en el proceso de formación de la novela medieval” (*Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: New York, 16-21 de Julio de 2001*, ed. de I. Lerner, R. Nival y A. Alonso, Vol. 1, Newark, Delaware: Juan de la Cuesta, 2004, 103-106). Allí, al igual que en el libro que reseñamos, insiste en la falta de normativa y de estudios sistemáticos sobre traducción en la Edad Media lo cual, sumado a la convivencia de traducción oral y escrita, traducción del latín al romance y traducción de las lenguas romances entre sí, hacen de ésta un ejercicio libre que apunta sobre

todo a la transmisión de contenidos cuya vigencia alcanzará hasta principios del siglo XV. Este artículo sobre la traducción es realmente significativo ya que permite explicar el proceso de formación de la novela medieval en un contexto en el que la libre convivencia de escritura y oralidad dan valor al material tradicional y popular.

En el capítulo II (“La memoria histórica del género”) Lozano-Renieblas acude a Bajtin para caracterizar al género de novela de aventuras helenística. Bajtin entiende que el género de una obra se determina a través del *cronotopo*, en otras palabras: la conexión de las relaciones temporales y espaciales asimiladas artísticamente a la literatura (1989: 237-239). Las novelas estudiadas se fundan, particularmente, en el tiempo de la aventura. En éste los personajes se encuentran separados durante un gran lapso, pero no hay marcas físicas ni psíquicas que así lo expresen: “*el mundo permanece como era, tampoco cambia la vida de los héroes desde el punto de vista biográfico, sus sentimientos permanecen invariables, y las personas ni siquiera envejecen*” (Bajtin, 1989, 244). Esto conduce a que el tiempo sea reversible debido a que las secuencias argumentales compuestas por pequeñas aventuras pueden fácilmente invertirse, es decir que no se rigen por una relación de causa-efecto sino de azar. El género se articula sobre la ley de las casualidades que lleva a que, por ejemplo, los protagonistas se reencuentren en lugares lejanos o desconocidos de manera totalmente imprevista.

Al hilo de las *Pseudoclementinas*, obra de la tardía Antigüedad, la investigadora descubre que la concepción temporal también aparece alterada respecto de la variante helenística: ahora, en plena Edad Media, funciona el tiempo del milagro, en el que Dios puede alterar la serie temporal. Los personajes centrales ya no son una pareja de enamorados, sino una familia cuya diáspora se origina, en repetidas oportunidades, a causa de un incesto. Esta obra adquiere trascendencia ya que funda dos ciclos narrativos: el del hombre perseguido por la fortuna y el de la mujer calumniada.

En las *Pseudoclementinas* se destaca la flexibilidad del género que se visualiza aquí por presentar rasgos de la novela de aventuras helenística (naufragios, atentados contra la castidad, preeminencia de la casualidad) pero también de los que luego se cristalizarán en la novela de aventuras medieval: el reemplazo del azar (presente en las novelas de aventuras helenística) por la voluntad de Dios que manejará el destino del héroe. Es por esta vía que comienza a introducirse el material hagiográfico presente en la variante medieval del género.

El abordaje del vínculo entre hagiografía y aventura ya había sido adelantado por la autora en su artículo “El encuentro entre aventura y hagiografía en la literatura medieval” (*Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Madrid 6-11 de julio de 1998*, ed. de F. Sevilla y C. Alvar, Madrid: Castalia, Vol. 1,

2000, 161-167) donde subrayaba que el elemento que poseen en común es el de apoyarse en la tradición. Esto, a su vez, les permite introducir en la novela el acervo proveniente de leyendas y tradiciones orales. El valor del artículo de Lozano-Renieblas reside en que destaca las raíces folclóricas del material que luego, tomará el imaginario cristiano y realza el interés del género: *“La importancia de la hagiografía para la historia de la estética literaria, radica, precisamente, en que es el quicio que sustenta la incorporación de la tradición oral a la cultura escrita”* (163).

El estudio del *Libro de Apolonio* en el capítulo siguiente (“La historia de Apolonio en la encrucijada entre la Antigüedad y la Edad Media”) enriquece el trabajo para subrayar el retroceso de las aventuras en el sentido helenístico y el paso al frente que adquieren las aventuras en el pleno sentido medieval. Este retroceso se produce, según Lozano-Renieblas, por la dimensión que adquiere la presencia del material folclórico en motivos tales como el incesto o las adivinanzas (según estudiara ya Alan Deyermond en “Motivos folklóricos y técnica estructural en el *Libro de Apolonio*”, *Filología*, 13, 1968-69, 121149) que se presenta muchas veces a través de la hagiografía y que conduce a una alteración de la construcción tempo-espacial y de las técnicas narrativas.

La autora destaca que en el folclore el tiempo no se rige por leyes casuales (como sucede en las aventuras helenísticas) sino causales, es decir, de orden lógico, lo que impide la reversibilidad de secuencias argumentales. Por otro lado, el paso del tiempo sí está marcado en ciertos personajes como por ejemplo en el de Apolonio que ha envejecido: *“que auíe Apolonyo palabra destaiada:/ de barba nin de crines que non çerçenase nada/ fasta que a su fija ouiesse bien casada”* (*Libro de Apolonio*, c. 549 b-d). Este nuevo tratamiento temporal acarrea consecuencias para el manejo narrativo: se limitan las aventuras, se disminuyen redundancias, anticipaciones y recapitulaciones que antes tenían función mnemotécnica y también se comprimen los espacios descriptivos ya que el mundo presentado, aunque lejano, es reconocible.

El capítulo cuatro (“Aventura y hagiografía”), se ocupa del *Libro del caballero Zifar*, (y de su antecedente, la leyenda de San Eustaquio), que sería el mejor representante del ciclo del hombre probado por la fortuna. Tal como se señalara en relación con el *Libro de Apolonio*, también en el *Zifar* se produce un retroceso de la aventura en el sentido helenístico, pero “amortiguado” ya que el folclore no se presenta con gran potencia.

Es justamente el material hagiográfico el que adquiere más relevancia y hace retroceder a lo folclórico. Aquello que el material folclórico trae de fabuloso y extraordinario se debilita ante la presencia de lo hagiográfico puesto que adquiere sentido desde la voluntad de Dios. La proximidad con la novela de caballería proporciona al *Zifar* un nuevo manejo y representación tanto del tiempo como del

héroe. La serie temporal no se rige, coincidiendo con el *Apolonio*, por lo azaroso, sino por la búsqueda de la aventura desde la iniciativa del mismo protagonista. El tiempo se vuelve dinámico pero la cantidad de peripecias se reduce y las técnicas narrativas, se simplifican.

Sin embargo, el aporte más interesante en relación con el estudio de este texto son las reflexiones que Lozano-Renieblas realiza respecto de la traducción y el género del *Zifar*. Con respecto a la traducción, la autora entra en el debate acerca de si realmente la obra es una traducción del caldeo al latín y del latín al romance como se expresa en el prólogo. En este sentido, demuestra cómo no sería un caso de tópico de falsa traducción sino una traducción real. En oposición a la crítica que defiende el origen occidental del texto, Lozano-Renieblas respalda con argumentos fehacientes el pasado oriental: hay expresiones que remiten a una fuente exterior (*dice el cuento, cuenta la estoria*), etimología árabe (*Zifar*, *Grima*), rasgos sintáctico-estilísticos y técnicas narrativas propios de las lenguas semíticas, entre otros.

En cuanto al debate sobre el género al que pertenecería el *Zifar*, la autora insiste en la hibridación a la que se somete el género de las aventuras en la Edad Media. Asegura que la obra sería una combinación de géneros aventureros (novelas de aventuras y novela de caballerías) y didácticos (cuentos, máximas, sentencias, *exempla*, etc.) en conexión con la hagiografía. Luis R. Landrón llega a una conclusión similar en “El Libro del caballero Çifar y la novela bizantina” al examinar características propias de la novela de caballerías y ver cómo se presentan en el *Zifar*. Landrón muestra que en muchos casos se aleja de ese molde y finalmente, afirma que se trata de una novela híbrida que en muchos aspectos se aleja del género caballeresco y se acerca más al de la novela de aventuras griega (*La literatura en la época de Sancho IV. Actas del Congreso Internacional “La literatura en la época de Sancho IV”, Alcalá de Henares, 21-24 de febrero de 1994*, ed. de C. Alvar y J. M. Lucía Megías, Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones, 1996, 95-101).

El capítulo cinco (“Aventura y folclore”) enriquece el trabajo al estudiar el ciclo de la mujer calumniada que intensifica el retroceso del género de aventuras helenística en obras tales como *Otas de Roma*, *La santa emperatriz* o la *Historia de la reina Sevilla*. Lozano-Renieblas apunta que en este ciclo el centro narrativo se cierne sobre una figura femenina. Se conservan ciertos aspectos folclóricos (la heroína víctima de falsas acusaciones, el marido crédulo, la reivindicación de la mujer) pero aparecen elementos nuevos, producto del devenir histórico (la figura del acusador masculino, la defensa de la monogamia y la fidelidad). Luego examina estos aspectos en *El caballero del cisne* que también reúne material tradicional (la suegra como acusadora, la mujer que alumbró bestias) y que se acomoda al contexto histórico (acusaciones contra la

castidad femenina, el adulterio o la promiscuidad sexual). El texto se articula sobre la defensa de la fidelidad que materializa el valor de la familia monogámica en el contexto medieval.

La obra de Lozano-Renieblas culmina con un epílogo en el que se insiste nuevamente sobre la hipótesis de que la novela de aventuras medieval constituye un retroceso respecto de la novela de aventuras helenística dada la oposición entre dos concepciones temporales de signo contrario: el tiempo de la aventura (o tiempo del individuo, propio de sociedades urbanizadas) frente al tiempo folclórico (o tiempo colectivo, de las sociedades no urbanizadas). La autora concluye afirmando que en la Edad Media se asentó el tiempo folclórico, pero a fines de este período, con el advenimiento de la sociedad urbana, se restituyen los viejos modelos del género de las novelas de aventuras: la articulación entre el tiempo de la aventura, una pareja de enamorados, el azar y el desarrollo de técnicas discursivas afines.

En resumen, el libro ordena la travesía y metamorfosis del género de aventuras durante el Medioevo en comparación con aquel modelo que le diera origen. Resulta fructífero el aporte de Isabel Lozano-Renieblas ya que la perspectiva de trabajo que aborda, la histórica, proporciona un resultado prolijo, organizado y útil para todo aquel que deba adentrarse en el tema. A esto se suma la posibilidad de visualizar los contextos de producción de las obras estudiadas y la relación con la escritura y la oralidad que implica la traducción medieval.